

## LA FUENTE DEL TORMO

por  
CUCURUCHO

"Cuenta una leyenda que los viajeros que pasaban por la Erilla y bebían de la Fuente del Tormo, se quedaban a vivir en el pueblo y los pocos que continuaban su camino morían al poco tiempo o enfermaban de nostalgia porque la fuente les robaba un trocito de su alma y les unía al pueblo para siempre..."

Este era el comienzo del primero de muchos cuentos con los que mi abuelo recibía a sus nietos durante las vacaciones.

Nunca me lo creí, por supuesto, y fueron litros y litros de agua los que bebí de la fuente mientras jugaba por los chopos, por el lavadero o cuando fui un poco más mayor, al volver las tardes de verano sediento del río donde habíamos ido andando toda la pandilla.

Los veranos entonces eran felices, implicaban libertad a tope a unas mentes infantiles atadas por los cuidados que había que tener en la capital, que viene un coche, que el semáforo está rojo, corre que se escapa el autobús... En fin, llegar al pueblo era llegar al paraíso donde explayarte, llegar salir por la noche, ir andando por la carretera, correr por todos sitios, sin peligros, salvo arañazos y costras que lucíamos con orgullo en nuestras rodillas embadurnadas de mercromina todas las vacaciones.

Las fiestas eran sencillas, pero cuando eres pequeño, asistir al baile de la plaza sin padres que vigilen un rato por la noche, era como sacarte el carné de conducir, significaba que ya eras mayor para salir y entrar a tus anchas aunque sólo fueran por unos días en agosto.

La vuelta al cole era insoportable, dejar a los amigos que resistían aún en el pueblo y volver al asfalto y el calor, la rutina, los peligros... Vamos que casi nos tenían que atar a la baca del coche para llevarnos...

Hubo un verano en particular que yo llevé particularmente mal. Ese año habíamos empezado a ir a los Túneles andando para luego bajar hasta la Risca y disfrutar unos chapuzones bien merecidos ya que llegábamos con mucho calor. A la vuelta, trago de agua en la Fuente del Tormo y para casa a decir que habíamos llegado y que nos íbamos a jugar hasta la hora de la cena.

Como decía, aquel verano fue peor que otros, me costó meterme en el coche de papá con todos los hermanos y fueron muchas las lágrimas que derramé en el camino. De nada sirvió la ilusión que otros niños tienen en estrenar lápices y cuadernos y ver de nuevo a los amigos de siempre para contar las aventuras del verano. Me mente en cambio vagaba entre pinos y chopos, chapoteaba en el río y se refrescaba en las fuentes.

Entre lloros y suspiros los últimos días de vacaciones se volatilizaron y volvimos al cole, algunos contentos, yo contando los días que quedaban para Navidad para volver al paraíso de mi pueblo...

Aún me acuerdo de la primera redacción del curso que como todos los años tenía que narrar lo que había hecho durante el verano y también recuerdo que me costó una consulta con el psicólogo del colegio puesto que versaba en la tristeza que me había producido abandonar el pueblo y que las ganas de seguir adelante notaba que se me escapaban poco a poco del cuerpo...

Los profesores pensaron que algo ocurría pues no era normal en un niño de 9 años pensar así, tan gris, tan triste, así que, un día me encontré hablando con el psicólogo:

-¿Qué te pasa? Me han dicho que no te encuentras muy animado.

-No señor

-Pasa algo en tu casa o con tus amigos

-No señor

-¿Qué es lo que te da tanta pena?

-Que aún quedan 89 días para volver por Navidad a mi pueblo...

En fin, fueron muchas las pruebas médicas de aquel otoño y no resolvieron nada. Acabaron por darme unas vitaminas y mi vida continuó igual, oscura,

perdido entre las sombras de la ciudad sin querer ir al cole, ni al cine, ni bajar a jugar con los amigos que empezaban a decir de mí que era un bicho raro y que estaba un poco pirado...

Navidad a tres días...

Dos...

Uno...

¡Por fin nos vamos!

Mi cara iba cambiando de color según pasaban los kilómetros y nos acercábamos a Fuertescusa. Cuando llegamos mi cara iba sonrosada y salté del coche con una energía que mis padres se quedaron perplejos.

Fueron unos días fantásticos. Mis abuelos, conocedores de mi mala salud, se alegraron al comprobar que estaba mejor allí, y que el aire de la sierra me sentaba tan bien. Villancicos, turrón, polvorones, más villancicos, campanadas, ¡Reyes!, ¡regalos!, y de nuevo la triste vuelta a la realidad y el retorno a la ciudad otra vez...

Más lloros, otra vez la tez grisácea, más redacciones deprimentes, más vitaminas...

Mis padres no sabían que hacer. Los médicos no encontraron nada físico por mucho que me sometieron a toda clase de pruebas y los encuentros con el psicólogo tampoco hacían ningún avance pero con la llegada de la Semana Santa y la vuelta al pueblo quedó muy claro que mi problema se solucionaba estando en la sierra.

Al volver de Semana Santa me matricularon en un colegio interno en la sierra de Madrid donde me recogerían los fines de semana para pasarlos con la familia y aunque era caro y algo fuera del presupuesto familiar, hicieron lo imposible por pagar el primer y único mes que asistí porque nada cambió, no era la sierra lo que me mejoraba sino el pueblo, sí, Fuertescusa. Quedó claro con la llegada de las vacaciones de verano, el color volvió a mi cara y mi salud retornó como si nunca me hubiera pasado nada.

Mis padres junto con mis abuelos determinaron que aunque todos no podíamos vivir allí, por el trabajo de mi padre y los estudios de mis hermanos mayores, yo me quedaría todo el año con ellos e iría allí a la escuela y así se hizo.

Fui creciendo felizmente e hice incluso algunas pequeñas salidas fuera del pueblo aunque siempre volvía rápido y con el tiempo un día esperando a mis padres y hermanos en la Erilla, tumbado en los chopos, me levanté a beber agua a la Fuente del Tormo y me acordé, me acordé de la leyenda que mi abuelo nos contaba cuando éramos niños y que decía que beber allí te retenía en el pueblo o morías de nostalgia... En mi caso casi fue lo segundo

Me levanté, encontré un trozo de tablón y una tiza y escribí con claridad:

"NO BEBER,

PELIGRO DE NOSTALGIA"

Y la colgué en la Fuente del Tormo como aviso a los viajeros...

Yo no dejé de beberla nunca